

cuatro, si hace buen tiempo, la lleva al jardín del Luxemburgo, la hace sentar en una silla de tijera, y fuma su pipa sin apartarse, mientras los cabellos de la criatura se secan al sol...

X

AMISTAD VANA

Yo formaba parte, con Alsine y Fontanet, del grupo de los peripatéticos, y durante los recreos paseábamos a lo largo del patio, mientras discutíamos acerca de todo lo conocido y lo incognoscible. No será una sorpresa para los inteligentes enterarse de que los más arduos problemas eran los resueltos por nosotros con mayor sencillez.

Para nosotros apenas hubo dificultades metafísicas, y nunca tropezamos en conceptos relacionados con el tiempo y con el espacio, con el espíritu y con la materia, con lo finito y con lo infinito. Sólo yo me preocupaba algo ante lo arduo de tales asuntos, y sin duda por esto Fontanet desconfiaba de la profundidad de mi criterio.

Muchas veces hablábamos de la elección de carrera, y a medida que avanzaban los estudios esta cuestión se nos ofrecía con más interés. Al sentirse poseído por la misma enfermedad que mató a su padre en plena juventud, Alsine hacía más proyectos que ninguno de nosotros, para engañarse. Sus notables aptitudes lingüísticas le impulsaban

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

hacia las profesiones estudiosas y sedentarias, como la cátedra; sin embargo, por temor de que su poca salud no le permitiese entregarse a trabajos asiduos, se destinaba a la navegación. También se inclinaba un poco hacia la entomología, y verdaderamente nos entretuvo y sorprendió con su profundo conocimiento de las costumbres de las hormigas.

Fontanet estaba más seguro de su porvenir; se destinaba a la abogacía, con el propósito de formar parte de la Cámara en cuanto tuviese la edad legal. Ansioso de convertirse en un nuevo Berryer, nuestro elocuente camarada buscaba ya una importante causa perdida, para consagrarse a ella. Según él, entre los vencidos luce más la grandeza de un alma.

En cuanto a mí, como no me descubría ninguna vocación me resignaba desde luego a realizar los trabajos más humildes, y para poner a tono mi destino y mi naturaleza sólo aspiraba a la mediocridad; pero esta mediocridad concerniente a las cosas no pudo referirse a las ideas, porque yo aspiré a verlo todo, a saberlo todo, a sentirlo todo, a reformar el mundo entero en mí; ansia que no debía verse nunca satisfecha.

Chazal solía unirse a nosotros. Despreciábamos la falta de elegancia de su ingenio, pero hubimos de reconocer su ruda y sencilla bondad. Sometido a burlas constantes de sus maestros y de sus camaradas, por su manera de hablar, por su ignorancia de las artes y de las letras; atropellado algunas veces a pesar de su fuerza muscular, de la que no

abusó nunca: Chazal conservaba su tranquilidad seguro de sí, con la serena alegría que brota del fondo del alma. Entre todas las cosas, lo que más le gustaba era el campo. Hijo de acaudalados agricultores, se proponía sacar el mayor producto posible a sus fincas. El campo me interesaba sin duda más que a él, pero de muy distinta manera.

Su interés era el de un campesino laborioso y rudo; buscaba en el campo el esfuerzo y la ganancia, mientras yo pedía solamente a la Naturaleza la voluptuosidad, que se confunde en su seno con la muerte; le pedía el goce de su belleza desesperante. ¡Qué poco se varía! Mientras escribo estas líneas me agito con todos los estremecimientos de mi lejana infancia.

Fuí amigo de Alsine; un verdadero amigo. Después de una prolongada indiferencia despreciativa, mi ternura estalló de pronto y el atractivo de Alsine la fortaleció. Me agradaban la exactitud exquisita de su razonamiento y la firmeza de su carácter dulce. El único peligro que amenazaba nuestra perfecta concordia consistía en mi tendencia a la exageración, que ha malogrado muchas veces mis intenciones más plausibles.

Después de ignorar mucho tiempo sus envidiables dotes, admiré a mi amigo con un exceso fatigoso para él y para mí, que no solamente podía ofender su modestia sino también el sentimiento de medida, distintivo principal de su inteligente carácter.

Entonces no me di cuenta de que Chazal me interesaba mucho, y esta ignorancia parecerá incomprendible si digo que solamente ver y oír a Chazal me llenaba de gozo. Comprendía la agreste belleza de su alma y me deleitaba el sabor de su lenguaje rústico; pero, sometido servilmente a la opinión que suponía estúpido a Chazal, fui bastante necio para suponer que al oír sus patochadas me divertían sólo por la intención que les daba mi agudeza. Debo añadir que Chazal olía mucho a sudor, y fuera preferible que oliese a flores.

En cuanto a Fontanet, como era mi amistad más antigua yo no me preocupaba de analizar sus fundamentos, que me parecieron inquebrantables. Me admiraba su astucia, él se complacía en mi simplicidad confiada, y por este doble motivo de día en día se apretaban los lazos que nos unieron. El perfil de Fontanet era de zorro, y sus costumbres también. Sin su tendencia al engaño y sin su constante prurito de burla, creo que hubiera buscado un amigo menos candoroso que yo.

También formaban parte del grupo de los peripatéticos, Savigny, de menguada estatura, con arrogancias a lo Artaban, que pensaba ser marino y se negaba obstinadamente a estudiar Geografía porque, a su juicio, la aprendería mucho mejor en sus navegaciones, y Máximo Denis, el cual escribía en latín un poema, imitación de Ovidio, acerca de la metamorfosis del señor Mesange en pájaro. Es necesario decir, para que nadie lo ignore, que el se-

ñor Mesange, nuestro profesor de Matemáticas, arrastraba por esta vida transitoria un cuerpo inmenso, informe, portentoso, como una carga inicua bajo cuya pesadumbre sucumbía. Aquella masa confusa destilaba un sudor incesante con exhalaciones de un vaho muy grato a las moscas; y como la Naturaleza puso irreflexivamente unos brazos de niño a su cuerpo de gigante, el señor Mesange manoteaba con dificultad para espantar a los insectos alados que acudían en enjambre en busca de alimento sobre su cráneo pegajoso.

Mientras nos explicaba las propiedades de los números, miraba con envidia a los gorriones ligeros que picoteaban en el patio las miguitas de pan. Por esta razón y con propósito benévolo, cantaba Máximo Denis la metamorfosis del profesor. Sólo conserva mi memoria un verso del poema, cuya elegancia latina puede saborearse:

*Versicolorque merops, apibus certissima fessis
pernicies...*

De este modo, bajo la mirada recelosa del vigilante Pelisier, cambiábamos nuestras ideas risueñas o graves. De pronto me sentí apartado de aquel grupo escogido por un sentimiento al cual me abandoné con febril ardor. Una circunstancia poco importante lo produjo. Mi padre advirtió casualmente mi dificultad para resolver problemas de Geometría, que sin duda no eran insolubles, y atribuyó esta incapacidad a mi ignorancia de los elementos

de una ciencia en la cual las verdades se deducen unas de otras. Para remediarlo en lo posible, pidió al señor Mesange que me diese un repaso de Geometría; parecióle bien al señor Mesange, y dos veces a la semana me daba lección desde las cuatro y media a las cinco y media con mi camarada Tristán Desrais, a quien yo conocía mucho, porque hacía ya seis meses que asistíamos a la misma clase, pero con el cual me relacionaba lo menos posible hasta entonces, y sólo habíamos cruzado algunas palabras en la clase de dibujo, donde él no hacía otra cosa que holgazanear mientras yo copiaba cuidadosamente la cabeza de Hersilia. Desrais, de mi edad y de mi estatura, parecía sin embargo menor que yo. Nunca me fijé gran cosa en sus facciones; pero recuerdo que sus labios, como si les diese carmín, atraían la mirada. También recuerdo su pelo castaño, rizado, sus largas pestañas, su color cetrino y sus orejas demasiado anchas. Hubiera tenido un aspecto frío y duro sin la sonrisita que habitualmente iluminaba su rostro. Se mordía las uñas hasta hacerse sangre, y esto le afeaba las manos. Su esbeltez y su agilidad no permitían adivinar su recia musculatura. Resplandecía en todos sus movimientos una elegancia que mi conocimiento precoz de la estatuaria antigua me permitió comprender. Era reconocida unánimemente su mucha superioridad en todos los ejercicios corporales, y se destacaba entre nosotros como un estudiante inglés. En aquel tiempo la juventud de nuestras

escuelas no se ejercitaba mucho en los *sports*; se descuidaba la cultura física y apenas acudíamos a la lección de gimnasia que nos daba un cabo de bomberos. Despreciábamos la gimnasia establecida oficialmente; pero ciertos juegos, como la barra y la pelota, daban ocasión a los más fuertes para demostrar su ventaja. Desrais compartía sus triunfos con La Bertheliere. Como yo evitaba esos juegos atléticos, donde no podía brillar por mis condiciones y hacia los cuales no me inclinaba mi gusto, Desrais no me interesó; pero al encontrármelo después en el repaso de Geometría que el señor Mesange nos daba a los dos solos, inclinóme hacia él una amistad repentina.

Aquel repaso de Geometría no me sirvió de nada. El señor Mesange atendía principalmente a Desrais, que preparaba sus exámenes de ingreso en la escuela militar. Retirados en una sala del colegio a la hora de la merienda, nos proponíamos:

Seguir sobre la esfera círculos numerosos
y del frío A + B los senos tenebrosos.

Para la cual trazábamos figuras en la pizarra, mientras comíamos nuestro pan y nuestro chocolate impregnados en polvo de yeso, y en la clase próxima el señor Regnier, premio del Conservatorio, daba a La Bertheliere y a Morlot lección de violín que pudieran confundirse fácilmente con un concierto de gatos, cuyas agudas resonancias sumergían rápidamente al señor Mesange en un sueño

profundo y sonoro. Respetábamos el descanso del maestro, y sin saber por qué me interesaban mucho las conversaciones de mi amigo, que sólo me hablaba de sus corbatas, cuya forma y color describía, de sus progresos en equitación, y de la esperanza en que su madre le regalaría un caballo para las vacaciones. Cuando Desrais imaginaba que la lección había durado bastante, sacudía el paño de borrar sobre la cabeza del maestro, dormido con la boca abierta, que despertaba sobresaltado entre una nube de polvillo de yeso.

Aprendí poca Geometría en aquel repaso, pero disfruté los goces de la amistad. Erame infinitamente agradable ver a Desrais charlar y reír. En adelante buscaba su compañía y tomaba parte en sus juegos. Cuando se pusieron de moda los zancos, Desrais, que seguía siempre la moda, se procuró un par. Le imité y subí en unos zancos tan altos como los suyos, a pesar de mi horrible miedo justificado por mi poca destreza. Desde entonces no falté a una sola partida de barra ni de pelota, a pesar de que nunca me habían atraído semejantes juegos. Sin envanecerme aseguro que siempre fui generoso y encontré un motivo constante para ejercer mi generosidad. Como a Desrais le agradaban mucho los cuadernos, compré los mejores que había en la tienda de la señora Fuselier para regalárselos; cuadernos con tapas de tela blanca, de chagrín negro, de tafilete con cantos dorados. Le regalé también un portaplumas de puerco espín rematado por una

bolita de plata, y un tintero de bolsillo. Yo me arruinaba con esas compras, y mi madre no comprendía mis constantes peticiones de dinero.

Sin ser muy reflexivo ni muy laborioso, Desrais mostraba una inteligencia fácil. Era sumamente agradable cuando se lo proponía, se deslizaba entre los elegidos, entre los que mi padrino el paleontólogo llamaba los *primates*. Su amistad me indujo a elevarme como él, pero me costaba mucho esfuerzo seguirle porque yo no tenía su graciosa desenvoltura.

Le acompañaba, íbamos juntos muchas veces, más por mi obstinado deseo que por su gusto, después del repaso de Geometría, hasta la calle Saint-Dominique donde habitaba. Aquel no era mi camino. Una tarde, en la encrucijada de la Croix-Rouge, encontramos al cabo de bomberos Duluc, nuestro profesor de gimnasia.

—Vamos a emborracharle—me dijo Desrais al oído.

Acercóse al joven bombero tímido y ruborizado como una señorita, y le condujo a una taberna de la encrucijada donde le ofreció aguardiente y cigarrillos. Desrais no logró emborrachar al profesor de gimnasia, pero el aguardiente me produjo un violento dolor de cabeza. Al otro día me hizo fumar un cigarrito de «maryland» que me revolvió el estómago. De este modo descubría yo con frecuencia nuevas razones para admirar a mi amigo.

Desrais, de una familia de militares, se destinaba al ejército, y esto bastó para que yo me creyese

también inclinado a la milicia, cosa ignorada por mí hasta entonces. Ya me veía teniente, capitán, heroico, melancólico y suave como un oficial de Alfredo de Vigny. Entre tanto procuré inútilmente dar a Desrais pruebas ilustres de mi afecto.

Una vez leí en no sé qué tratado de poesía griega el epigrama funerario de Amyntor, hijo de Filipo, que murió joven en un combate por cubrir a un amigo con su escudo. Aquello me conmovió; me sentí arrebatado y deseoso de morir por Desrais.

Nuestra amistad heroica se quebró en un momento. Un día de otoño, en el recreo de la mañana, Desrais y La Bertheliere, jefes de campo, escogieron sus campeones para una partida de balón. Desrais alegó que yo era muy débil y poco diestro en ese juego, lo cual no dejaba de ser una verdad evidente, y no me quiso en su campo.

Esta fué la causa de que yo renunciase a su amistad, despechado, y seguro de que no la reanudaría nunca.

Desde entonces me fué por completo indiferente aquel amigo por el cual deseaba morir algunas horas antes.

XI

EGLÉ

—Pedrín está desconocido—adujo mi madre—, su carácter es ahora tornadizo y extraño; pasa bruscamente y sin causa de la alegría a la tristeza.

—Necesita respirar aires puros y correr por el campo—dijo mi padre.

A mediados de octubre, y seguros de que una temporadita de campo me sentaría muy bien, mis padres, que no podían abandonar su casa de París, me buscaron alojamiento en la de un sobrino de la señora Laroque, Isidoro Gonse, agricultor en Saint-Pierre, cerca de Granville.

En aquel tiempo la vía férrea llegaba hasta Carmentant. Desde ese puertecito, en cuyas calles tortuosas trabajaban apoyadas en los muros las encajeras infatigables, la diligencia me condujo a Granville.

El señor Gonse me esperaba. Después de haberme invitado en una taberna del arrabal a tomar dos vasos de sidra muy espirituosa que me mareó un poco, me condujo en su carrito al pueblo de Saint-Pierre, donde estaba casado y donde poseía